

## INTRODUCCIÓN

“Cuando el Anticristo venga, se asemejará a Cristo”

### I. LA VISIÓN DEL EMPERADOR

Sucedió en el tiempo en que Augusto era emperador en Roma y Herodes rey en Jerusalén.

Hace mucho tiempo ocurrió que una gran y sacra noche se hundió sobre la tierra. Fue la más oscura noche que jamás viera el hombre; pareció como si el mundo entero hubiera pasado bajo una bóveda. Era imposible distinguir el agua de la tierra, u orientarse en los caminos más conocidos. Y no podía ser de otra manera, pues ni un solo rayo de luz venía del cielo. Todas las estrellas permanecieron en sus casas, y la clara luna mantuvo vuelto su rostro.

Y tan intensos como la oscuridad eran el silencio y la calma. Los ríos permanecieron inmóviles en su curso; no se movía el viento, e incluso las hojas del álamo cesaron de temblar. Cualquiera que pasara cerca del mar hubiese hallado que las olas ya no rompían en la orilla, y la arena del desierto no crujía bajo el pie del caminante. Todo parecía haberse tornado en piedra y sin movimiento, para no perturbar la sagrada noche. La hierba no se atrevía a crecer, el rocío no podía caer, y las flores temían exhalar su perfume.

Durante aquella noche los animales de presa no cazaron, ni mordieron las serpientes ni los perros aullaron. Y, lo que fue aún más maravilloso, ningún objeto inanimado se hubiese

atrevido a perturbar la santidad de la noche prestándose a una mala obra. Ninguna llave falsa pudo abrir cerrojo y ningún cuchillo pudo derramar sangre.

En Roma, aquella misma noche, un pequeño grupo de personas descendió desde el palacio del emperador en el Palatino y se encaminó a través del Foro hacia el Capitolio. Durante el día recién concluido sus consejeros habían preguntado al emperador si no deberían alzar acaso un templo en su honor en la sagrada montaña de Roma. Pero Augusto no había otorgado su consentimiento de forma inmediata. No sabía si le resultaría agradable a los dioses que él poseyera un templo cerca del de ellos, y había respondido que primero deseaba, mediante un sacrificio nocturno a su genio, descubrir cuáles eran sus deseos. Seguido de unos cuantos siervos fieles, se hallaba ahora en camino a realizar este sacrificio.

Se transportaba a Augusto en su litera, puesto que era viejo, y las largas escaleras hasta el Capitolio le fatigaban. Él sujetaba la jaula de palomas que constituían su ofrenda. No le acompañaban ni sacerdotes, ni soldados, ni consejeros; sólo sus amigos más allegados. Portadores de antorchas caminaban delante de él, como abriendo camino a través de la oscuridad de la noche, y tras él seguían esclavos, que transportaban el trípode, el carbón, los cuchillos, el fuego sagrado y todo lo necesario para el sacrificio.

De camino el emperador charlaba alegremente con sus siervos, y ninguno de ellos se dio cuenta del silencio y calma infinitos de la noche. Sólo al alcanzar aquel lugar descubierto en lo alto del Capitolio, en el que se había pensado para el nuevo templo, se les reveló que estaba sucediendo algo inusual.

No podía ser una noche como otra cualquiera, puesto que al borde del acantilado vieron al más extraño ser. Al principio pensaron que era un viejo y torcido tronco de olivo; después, que una antigua estatua del templo de Júpiter se había aventurado hasta el acantilado. Al fin vieron que sólo

podía tratarse de la antigua sibila.

Jamás habían visto algo tan viejo, tan sometido a las inclemencias del tiempo y tan gigantesco. Si el emperador no hubiera estado allí todos hubieran huido a casa, hacia sus lechos. “Es ella”, susurraron entre sí, “quien cuenta tantos años como granos de arena hay en sus costas nativas. ¿Por qué ha emergido de su cueva esta noche? ¿Qué vaticina al emperador y al país, ella que escribe sus profecías en las hojas de los árboles, y sabe que el viento arrastra las palabras del oráculo hasta aquel que las necesita?”.

Estaban todos tan aterrorizados que se hubieran arrojado con la frente en el suelo si la sibila se hubiese movido en lo más mínimo. Pero permanecía sentada, tan quieta como si hubiera estado desprovista de vida. Acucillada en el mismo extremo del acantilado, y cubriéndose los ojos con la mano, contemplaba la noche. Se sentaba allí como si hubiese ascendido la colina para ver mejor algo que ocurriera en la lejanía. ¡Sólo ella podía ver algo en la negra noche!

Al mismo tiempo el emperador y su séquito percibieron cuán intensa era la oscuridad. Ni uno de ellos podía ver más allá de un palmo. ¡Y qué calma, qué silencio! No podían oír siquiera el rizado murmullo del Tíber. El aire parecía asfixiarlos; un sudor frío apareció en sus frentes, y sus impotentes manos estaban agarrotadas. Pensaron que algo espantoso era inminente.

Pero nadie quería mostrarse temeroso, y todos le dijeron al emperador que era un buen augurio; la misma naturaleza contenía el aliento para saludar a un nuevo dios.

Instaron a Augusto a apresurarse, y dijeron que la vieja sibila había emergido de su cueva probablemente para saludar a su genio.

Pero la verdad era que la vieja sibila, absorta en una visión, ni siquiera sabía que Augusto había ido al Capitolio. Se hallaba transpuesta en espíritu a una tierra lejana, donde creía caminar sobre una gran llanura. En la oscuridad seguía

golpeándose los pies contra algo, que pensaba eran matas de hierba. Se agachó y tanteó con la mano. No, no eran matas de hierba, sino ovejas. Caminaba entre grandes rebaños de ovejas durmientes.

Entonces percibió la hoguera de los pastores. Ardía en medio de la planicie, y a ella se aproximó. Los pastores yacían dormidos junto al fuego, y a su lado tenían largos, puntiagudos bastones, con los que defendían a sus rebaños de las fieras salvajes. Pero los pequeños animales de ojos resplandecientes y peludas colas que se arrastraban hacia el fuego, ¿no eran chacales? Y sin embargo los pastores no les arrojaron sus bastones; los perros continuaron durmiendo; las ovejas no huyeron; y las bestias salvajes yacieron para descansar junto a los hombres.

Todo esto contempló la sibila, pero de cuanto sucedía tras ella en la montaña nada sabía. No sabía que había gente levantando un altar, encendiendo carbón, esparciendo incienso, y que el emperador estaba tomando una de las palomas de la jaula para ofrecerla en sacrificio. Pero sus manos estaban tan entumecidas que no pudo sujetar al ave. Con un solo batir de alas la paloma se liberó, y desapareció en la oscuridad de la noche.

Cuando ocurrió aquello, los cortesanos miraron con sospecha a la vieja sibila. Pensaron que era ella la causa del infortunio.

¿Podían saber que la sibila aún creía hallarse junto a la hoguera de los pastores, y que ahora estaba oyendo un distante sonido que llegaba vibrando a través del silencio absoluto de la noche? Lo había oído por largo tiempo antes de darse cuenta de que procedía del cielo, y no de la tierra. Al fin alzó su rostro, y vio brillantes, relucientes formas planeando en la oscuridad. Eran pequeñas bandadas de ángeles quienes, cantando y pareciendo buscar algo, se alzaban y descendían en vuelo por la llanura.

Cuando la sibila escuchó la canción de los ángeles, el

emperador se estaba preparando para un nuevo sacrificio. Se limpió las manos, purificó el altar y agarró otra paloma. Pero aunque ahora se había esforzado especialmente en mantenerla presa, el ave se escurrió de entre sus dedos, y se alzó en vuelo adentrándose en la noche impenetrable.

El emperador se hallaba consternado. Cayó de rodillas ante el altar vacío y oró a su genio. Le imploró fuerza para evitar los infortunios que parecía presagiar aquella noche.

La sibila no había oído nada de esto. Escuchaba con toda su alma la canción de los ángeles, que sonaba cada vez más fuerte. Al fin se hizo tan potente que despertó a los pastores. Se alzaron apoyados en sus codos, y vieron resplandecientes huestes de ángeles plateados moviéndose en la oscuridad en largas líneas aleteantes, como aves de paso. Algunos tenían laúdes y violines en sus manos; otros tenían cítaras y arpas, y su canción sonaba tan alegre como la risa de un niño, y tan despreocupada como el trino de una alondra. Cuando los pastores la escucharon se levantaron para ir a la aldea que era su hogar a fin de contar el milagro.

Fueron por un estrecho, sinuoso camino, y la sibila les siguió. De pronto se hizo luz en la montaña. Una gran, refulgente estrella la encendió, y en su cima la aldea brilló como plata a la luz de los astros. Todas las bandadas errantes de ángeles se apresuraron de aquí para allá con gritos de júbilo, y los pastores se dieron tanta prisa que casi corrieron. Cuando alcanzaron el pueblo hallaron que los ángeles se habían reunido en un establo bajo, cerca del portal. Era un edificio precario, con techumbre de paja, y piedra desnuda por único muro. Sobre él colgaba la estrella, y venían más y más ángeles. Algunos se posaban en el techo de paja, o se aposentaban en el escarpado precipicio tras la casa; otros sobrevolaban sobre ella con revoloteo de alas. Arriba en lo más alto el aire se iluminaba con sus alas brillantes.

En el momento en que la estrella se extinguió sobre la aldea en la montaña, toda la naturaleza despertó, y los hom-

bres que estaban en lo alto del Capitolio fueron conscientes de ello. Sintieron brisas frescas, mas acariciantes; dulces perfumes se elevaban hacia ellos; los árboles susurraban; el Tíber murmuraba, brillaban las estrellas, y la luna se alzaba alta en el cielo e iluminaba el mundo. Y desde el cielo las dos palomas circunvolvieron y se posaron en los hombros del emperador.

Cuando sucedió este milagro Augusto se levantó con orgulloso júbilo, pero sus amigos y esclavos se pusieron de rodillas. “Ave, César”, gritaron. “¡Vuestro genio os ha respondido! Sois el dios que será adorado en las cumbres del Capitolio”.

Y el tributo que los hombres en su trance ofrecieron al emperador fue tan ruidoso que lo oyó la vieja sibila. La despertó de sus visiones. Se levantó de su sitio en el borde del acantilado y se aproximó a la gente. Parecía como si una negra nube se hubiera alzado del abismo y hundido sobre la montaña. Era aterradora en su vejez. Áspero pelo colgaba en delgadas matas desde su cabeza, sus huesos se habían densificado, y su oscura piel, dura como corteza de árbol, cubría su cuerpo de arrugas sobre arrugas.

Poderosa e imponente, avanzó hacia el emperador. Con una mano agarró su muñeca, con la otra señaló hacia el distante oriente.

“Mira”, ordenó, y el emperador levantó la vista y miró. Los cielos se abrieron ante sus ojos y miró a lo lejos, al oriente remoto. Y vio un establo miserable en un pronunciado precipicio, y en su puerta abierta pastores arrodillados. Dentro del establo vio a una madre joven, de rodillas ante un niño pequeño, quien yacía sobre un haz de paja en el suelo.

Y los grandes, huesudos dedos de la sibila señalaron a aquel pobre niño.

“¡Ave, César!”, dijo la sibila, con una risa burlona. “Ahí está el dios a quien se adorará en las cumbres del Capitolio”.

Augusto se retrajo de ella como de un maníaco.

Pero sobre la sibila cayó el poderoso espíritu de la pro-

fetisa. Sus tenues ojos comenzaron a arder, sus manos se extendieron hacia los cielos, su voz no parecía suya, sino que resonaba con tal fuerza que podía haberse escuchado en el mundo entero. Y pronunció palabras que parecía haber leído en las estrellas:

“En las cumbres del Capitolio será adorado el redentor del mundo, Cristo o Anticristo, mas no débil mortal”.

Cuando hubo hablado retrocedió entre los aterrorizados hombres, descendió lentamente la montaña, y desapareció.

Augusto, al día siguiente, prohibió estrictamente a su gente levantarle templo alguno en el Capitolio. En su lugar construyó un santuario dedicado al niño divino recién nacido y lo llamó “El altar del cielo”, Araceli.